



Eros en tránsito

Lorena Rojas Parma

En estos tiempos que se caracterizan por cambios rápidos, *post* presente, identidades nómadas, tecnología digital, *experiencia* más que concepto, *et alia*, puede ser interesante pensar en una «zona» extraña y profunda del alma: el «intermedio». Ese misterioso devenir que se descubre deambulando «entre» las cosas. Ha sido el lugar privilegiado de la búsqueda filosófica, y también del deseo. Muy temprano fuimos advertidos que no hay saber transformador sin deseo, *episteme* sin Eros. Reflexionar sobre el tránsito y el intermedio comienza por Platón. No solo porque es quien descubre y detecta su vitalidad, sino porque fortalece la vida interior justamente desde allí. Porque no ha dejado de recordarnos que las preguntas sobre la vida, y la fuerza del amor, rondan esos complejos pasajes de la existencia. Por ello, hoy le pido que sea nuestro Virgilio.

Se trata del *metaxy*, el «intermedio» griego, lo que camina entre espacios más o menos definidos y, sin ser ninguno, adquiere su perfil *en medio* de ellos. Con el develamiento del *metaxy*, la reflexión comienza a orientarse desde el *medio camino*, desde la mitad de la ruta, lo que hizo posible el invaluable espacio filosófico de *la pregunta*. Con ello, nuestra comprensión de la filosofía se hace búsqueda, asombro que se interroga, y ya no un hallazgo definitivo que revela la verdad de las cosas. Ahora se arma con el filo temible de la pregunta que la busca.

La poderosa dicotomía ser/no ser, que no dejó de filtrarse en nuestra manera de comprender la vida, opacaba, con su inminente claridad racional, cualquier posibilidad intermedia, cualquier resquicio, ranura de uno mismo o del ser. A una diosa de nombre desconocido debemos el descubrimiento: hay solo dos caminos –así revela minuciosamente a Parménides–, *que es* y *que no es (estin, ouk estin)*.¹ No hay –*no puede*

¹ Cfr. vv 3-8.



haber– ningún otro, pues el intelecto, que se funde con lo pensable, solo puede concebir lo que *es*. ¿De qué modo podríamos pensar lo que *no es*?² No hay puentes, lugares de cruce, tránsitos, ni en uno mismo ni en la existencia. Acaso debamos recordar que el monumental hallazgo de la diosa, con consecuencias que aún se nos pierden de vista, es que el movimiento, la transformación, no existen. Y de muchas formas, a lo largo de la vida que hoy nos alcanza, esa verdad de «corazón imperturbable» (*atremes hetor*), trata de volverse a decir.³

El intermedio se erige como el reconocimiento valioso de la indefinición, el deseo o la búsqueda. Hace posible que la indagación sea también el hallazgo. Lo que *no* es conocimiento, o verdad imperturbable, tampoco es el aterrador e imposible «no ser». Porque *entre* ser y no ser, hay «algo» que se mueve, que transita y pone todo en tensión. Como la pregunta y el deseo. Pues, así como la pregunta es intermedio entre saber e ignorar,⁴ lo que *no* es bello tampoco se hunde sin consuelo en el extremo contrario de lo feo: entre ellos *media* –nada menos que– el deseo erótico.⁵ Platónicamente hablando, hay una relación muy estrecha entre amor y búsqueda filosófica, pues el movimiento interior que nos arrebató de lo establecido, una creencia o una vida de rutina, ahora se expresa como una experiencia erótica. Y cuando digo interior no me refiero a algún dualismo mundo/hombre, extraño para los griegos y desfasado para nosotros: el alma y su cuerpo, el mundo y el alma de cada uno, se alteran, como en una misma vibración, y emprenden el camino. En el silencio de la ruta, seguramente murmurará Safo, con su maravillosa imagen erótica: «me ha agitado Eros los sentidos como en el monte se arroja a los pinos el viento».⁶ Creo que todos reconocemos ese andar trémulo, en algún tránsito de nuestro propio andar.

² Cfr. vv 2-3.

³ Cfr. v 25.

⁴ Cfr. *Menón*, 80d-81b; 86c-86b.

⁵ Cfr. *Banquete*, 202a y ss.

⁶ Frag. 47. Trad. J. M. Rodríguez, con una leve modificación. (Madrid, Hiperión, 1993, p. 55).



Nos interesa, especialmente, que Eros se nos revele como una divinidad *entre* dioses y mortales, es decir, como un *daimon*. Un *daimon* que deambula, vagabundea y pregunta. Porque un dios (*theos*) es bello y feliz, desborda en plenitud; y no vagabundea porque *sabe* dónde está. Pero un *daimon*, que anda por los predios que median entre el hombre y el dios, que no es una cosa ni otra, ni bello ni feo, que anda en búsqueda, se «define» por el deseo de lo que *no tiene*.⁷ Y desde ese perfil menesteroso, no puede ser un dios.⁸ En efecto, lo que vagabundea y anda de paso, guarda un sentido de mendicidad. *Alétes*, «vagabundo», «mendigo». Como el Odiseo desgredado que se cuele entre los pretendientes. Cuando Platón define a Eros como deseo de los territorios intermedios, nos advierte de inmediato que solo se desea lo que no se tiene.⁹ Con ello, que el deseo erótico tiene la misión de descubrirnos almas ausentes de algo; de despertarnos esta cierta conciencia de lo que se extraña, y de lo que ardorosamente sentimos que nos falta. El deseo nos permite reconocer que estamos a *medio* camino. Este mendigo platónico, entonces, nuestro Eros en harapos, debe saber *también* de su recurso, de su posibilidad. Pues ese *medio* camino nunca es *ningún* camino. Aquí tránsito evoca *lo transitado*. No deseamos ni preguntamos desde la nada, desde el no ser, o desde la fealdad. Para los griegos siempre estuvo claro: *ex nihilo, nihil*.

Dice Platón que Eros vagabundea pobre y descalzo por las calles, pero es hechicero, hábil, y exitoso en sus mañas de cazador. Lo que ocurre es que ha tenido un origen híbrido, como su naturaleza: su padre es *Poros* (Recurso) y su madre *Penía* (Pobreza). En un banquete que celebraron los dioses por el nacimiento de Afrodita, *Poros* se embriagó de néctar y *Penía*, que merodeaba el lugar, logró colarse, acostarse junto a *Poros* dormido y concebir un hijo suyo: Eros¹⁰. De allí su recurso y su carencia, su medio tránsito de las cosas. Ese intermedio necesitado y habilidoso, es igualmente el

⁷ Cfr. *Banquete*, 200b.

⁸ Cfr. *Banquete*, 202c.

⁹ Cfr. *Banquete*, 200b-201a.

¹⁰ Cfr. *Banquete*, 203b-204a.



de la pregunta, el del tránsito interrogante, que también nos agita y nos inquieta como el *daimon* apasionado. La pregunta filosóficamente valiosa, la que ha distinguido lo que se sabe de lo que *no* sabe,¹¹ reconoce su espacio intermedio. En esto consiste el célebre «no saber» socrático, y su singular sabiduría. Pues el *metaxy* no es tomar una frontera por otra. Son los dioses los que no preguntan; ellos ya saben. Pero el que *creo* que sabe, el que asume que su opinión (*doxa*) es conocimiento (*episteme*), además de cometer el más grave pecado filosófico, se inmoviliza porque «ya sabe». Y se inmoviliza en el tránsito, en medio de la búsqueda, donde no hay que establecerse. Es el drama del alma que se engaña a sí misma. El repaso interior, la conciencia de lo transitado, lo sabido, lo no sabido, nos da el tono del intermedio. Y desde allí, desde el cavilar, se hace la pregunta.

Lo que conocemos como «diálogo socrático» nos muestra, con una finura inestimable, los vínculos profundos entre desear y preguntar. Sócrates y Platón hacen de la atmósfera filosófica un campo de tensión capaz de sostener sus búsquedas en las redes de lo erótico. La seducción se entrelaza con argumentos difíciles, que remueven certezas y hacen posible el milagro lento de la propia transformación. Las preguntas por la vida, su indagación entusiasmada y transformadora, no pueden desentenderse de la tensión erótica, de la persuasión amorosa, que nos impulsa hacia las búsquedas íntimas y universales, que ahora son un poco lo mismo. En una ocasión Sócrates se hizo pasar por médico, en sus andanzas seductoras, ante los dolores de cabeza del bello Cármides. Le ofrece un «ensalmo» que solo funciona con una «hierba» que le enseñó un médico tracio¹². Recuperado de su conmoción por la belleza del joven, y con ese poderoso clima instalado entre ellos, comienza un duro diálogo que trata de probar si esa belleza que se hace cuerpo, reposa también en el alma que se interroga¹³. Pues dialogar con el otro, es siempre dialogar con uno mismo. En efecto, en eso consiste pensar –muy a diferencia de lo revelado por la diosa a Parménides-, «en el

¹¹ Cfr. *Apología*, 21c-d.

¹² Cfr. *Cármides*, 155b-156c.

¹³ Cfr. *Cármides*, 156d y ss.



diálogo interior y sin voz que tiene el alma consigo misma»¹⁴. Y pensar y vivir, atravesados del ímpetu erótico, nunca son distintos.

Este vagabundeo erótico –y epistemológico– es, quisiera insistir en ello, una puerta que nos abre Platón. El vagabundear antiguo, en general, se asocia con «la peor pesadilla griega: no tener casa».¹⁵ No *pertenecer* a un lugar. Pero el Eros intermedio, con su andar callejero y secretamente fecundo, se impulsa desde ese espacio de imprecisión y se hace fuego transformador, deseo ardoroso. Y no teme lo distante. La indefinición que provoca las fuerzas divinas y mortales que se atraviesan de amor, abre la ruta desconocida, acaso extranjera, de lo que puede *ocurrir* en nosotros. En esos complejísimos trances, donde el alma se va transformando a fuego lento, y se vive el debilitamiento de lo que ya no regresa, el *daimon* vagabundo y hechicero no nos deja decaer. Lo grande del hombre, decía Nietzsche, lo que puede ser amado en él, es que «es un puente y no una meta».¹⁶

El diálogo platónico que hoy nos ha dado cobijo es el *Banquete*. Y allí, quien hace la revelación sobre los misterios del amor es una adivina extranjera, una extraña mujer de Mantinea. La imagen de una voz extranjera tiene el atractivo misterioso de lo que viene de lejos, de lo que trae noticias de algún lugar desconocido. Pero que guarda, al mismo tiempo, un tono secreto de intimidad. Como afirma Zimmer, «solo después de un viaje fiel a una región distante, a un país extranjero, a una tierra extraña, se nos puede revelar el significado de la voz interior que debe guiar nuestra empresa».¹⁷ Porque el mensaje que llega desde otro horizonte, perfumado de otras vidas, puede ser el corazón de nuestra ruta. Diotima, la extraña adivina del *Banquete*, es doblemente extranjera, por femenina y por sabedora de secretos. Junto a ella, Sócrates se hace experto en sus conocidos asuntos eróticos. «Los dioses andan recorriendo las

¹⁴ *Sofista*, 263e.

¹⁵ Padel, R.: *A quien los dioses destruyen*, Madrid, Sexto piso, 1995, p. 187.

¹⁶ Nietzsche, F.: *Así habló Zaratustra*, Madrid, Alianza, 2011, prólogo.

¹⁷ Zimmer, H.: *Mitos y símbolos de India* Madrid, Siruela, 2008, pp. 208-209.



ciudades bajo la forma de forasteros de otras tierras»,¹⁸ reza una advertencia de la *Odisea*.

Nuestro *daimon* mediador, además, *interpreta* los mensajes de los dioses y los hombres.¹⁹ No hay una relación directa entre ellos y nosotros, porque necesitamos del amor para que lo divino nos hable y nos escuche. Eros es el puente, el vínculo (*syndesmos*) que permite que todo sea uno consigo mismo.²⁰ Que no haya fracturas en la existencia, ni quiebres irreparables en el alma. Que no se abra una zanja, un hueco interior, que pueda extraviarnos, deshacernos, y no transformarnos. No nos damos un hachazo de olvido ni nos quedamos rotos de nosotros mismos. Somos un puente, no a un abismo. Este amor vagabundo, Eros de tránsitos y búsquedas, es también adivino. Podemos confiar, entonces, en que no va a extraviarse en algún infinito de travesía. Confiar en que nos traerá la buena nueva de los dioses, alegría secreta para el camino, cuando sea difícil: siempre podemos ser distintos. Y será para embellecernos, porque Eros, como dice Diotima, solo desea lo bello.

Lorena Rojas Parma
Universidad Católica Andrés Bello
lorojas@ucab.edu.ve

¹⁸ *Odisea*, canto XVII, 483.

¹⁹ *Cfr. Banquete*, 202e.

²⁰ *Cfr. Banquete*, 202a; *Gorgias*, 508.